

PROYECCIÓN DEL PROBLEMA MORISCO EN LA NARRATIVA CERVANTINA

Maria Soledad Carrasco Urgoiti*

Antes de entrar en materia, quisiera expresar la alegría y gratitud con que recibí la invitación a participar en este Simposio de la Asociación de Mudejarismo, pues desde hace muchos años he podido constatar la gran labor que lleva a cabo. Y unir en una charla materias tan queridas para mí como son la historia de esta tierra aragonesa, la evocación de la población morisca y la escritura cervantina, me resulta un esfuerzo nada leve pero sí hondamente satisfactorio. De la segunda predilección dan fe mis estudios; de la tercera mi condición de profesora de literatura –¿quién de nosotros no se hace ilusiones de ir percibiendo nuevos matices cuando acompañamos a nuestros alumnos en sus primeros encuentros con la obra de Cervantes?–. Pero algo quisiera decir sobre mi predilección por todo lo aragonés, ya que no se fundamenta en mi lugar de nacimiento ni en el de ninguno de mis abuelos. Es algo puramente electivo y empecé por no tener más explicación que el tirón que sentimos ante cosas tan de una pieza y a la vez tan complejas como pueda ser una jota, o el arte de Goya, o los sobrecogedores paisajes de esta tierra. Pero un día, los avatares de mis pesquisas en torno a la breve obra maestra que es la *Historia de Abindarráez y Xarifa* o *El Abencerraje* me llevaron de modo imprevisible desde las serranías andaluzas, que en el siglo XIV fueron frontera belicosa pero también amigable entre el emirato de Granada y los linderos sudorientales de los reinos cristianos de la Península Ibérica, hasta los lugares de señorío de la ribera del río Jalón¹.

* Hunter College of the City University of New York.

1. Hago alusión a *El problema morisco en Aragón al comienzo del reinado de Felipe II (Estudio y apéndices documentales)*, Valencia, Gráficas Soler, 1969 (Estudios de Hispanófila, 11) y a «Las cortes señoriales del Aragón mudéjar y *El Abencerraje*», *Homenaje a Casaldueiro* (1972), ahora en *Estudios sobre la novela breve de tema morisco*, Barcelona, Bellaterra, 2005, pp. 39-54. Ofrecí una síntesis de estas investigaciones en *The Moorish Novel: «El Abencerraje» and Pérez de Hita*, Boston, Twayne, 1976, y posteriormente en la sección «La novela morisca» de F. LÓPEZ ESTRADA, F. CARRASCO y M.ªS. CARRASCO URGOITI, *La novela española en el siglo XVI*, Madrid, Iberoamericana-Verwoert, 2000.

Y es que los detalles y el sentido ético de esa joya literaria, mudéjar y renacentista, la vinculan a las culturas fronterizas que pervivían en los modos de vida tradicionales, pero también a lo que era la vanguardia de la poesía y la sensibilidad a mediados del siglo XVI. Focos en que se encontraran ambas sensibilidades podían darse, por ejemplo, en torno a los Mendoza granadinos, pero una dedicatoria nos llevó de la mano a varios estudiosos de *El Abencerraje* a un foco cultural exquisito que surgió en una fase por entonces no muy estudiada –hablo de mediados del siglo pasado– de la historia de Aragón. Y la verdad es que se me podía haber ocurrido buscarlo allí, puesto que en aquellas cortes señoriales se daba la confluencia natural del nuevo saber y el nuevo poetizar que llegaba directamente de Nápoles –corte aragonesa donde Sannazaro recreaba en lengua vernácula italiana la esencia del bucolismo y el petrarquismo– con la supervivencia de un medievo, oficialmente extinto, pero que aún agrupaba individuos de mérito que no compartían un mismo linaje ni una misma creencia. Allí los núcleos de población morisca solían ser aún –sin que el señor del lugar lo impidiese–, aljamas mudéjares exteriormente transformadas, y aquéllos de sus miembros que no se dedicaban a labores agrícolas se integraban en pequeñas comunidades letradas de cronistas, genealogistas, humanistas y poetas. Sobrevivían estos núcleos, uno de los cuales pudo ser la cuna de la misteriosa novela anónima, al amparo de señores de vasallos aferrados, en algún caso hasta la desesperación, a sus fueros y a los hábitos de convivencia heredados. La escasez que entonces encontré de documentación concreta sobre el aquí y ahora del que surgió aquella creación, que tan larga descendencia habría de tener en las letras de occidente, me impulsó a manejar actas de diputación, procesos inquisitoriales y correspondencia, además de un repertorio literario renovador medio olvidado, que me hicieron sentir como algo propio aquel momento de crisis en Aragón.

No me he alejado mucho de la materia que hoy debo tratar, pues esa complejidad y esas tensiones que emanan de una raíz múltiple negada, las encontramos en la España de la segunda mitad del siglo XVI que vivió Miguel de Cervantes. También las vemos plasmadas en su obra, que se escribe cincuenta años después del momento de plenitud renacentista y pluralidad en la población que encontrábamos en el Aragón mudéjar. Sólo que ahora los estatutos que regían la vida de las comunidades mudéjares están cada vez más lejos, pues, desde el momento que se impone la unidad religiosa, la minoría de los moriscos o nuevos convertidos de moros oculta una alta proporción de cripto-musulmanes. La agitación promovida por este sector podía consistir en hechos aislados, como el asesinato de un inquisidor en Épila, o alcanzar las dimensiones de una guerra civil, como ocurrió cuando se alzaron gran parte de los moriscos granadinos en las sierras de la Alpujarra. En aquella circunstancia la rebelión local adquiere dimensión o al menos apariencia de conflicto internacional, ya que el siglo está marcado por la lucha naval que enfrenta a los estados cristianos del área mediterránea con el imperio turco, que por entonces abarca el norte de África. Y de modo más concreto el emperador otomano se acercó peligrosamente a Viena, capital del Sacro Romano Imperio, e incluso se habla de un duelo en que debería haberse enfrentado con armas de caballero al mismísimo César cristiano, Carlos I de España y V de Alemania.

La contienda se prolonga y afecta a la vida de muchos españoles que se mueven en el ámbito de las empresas europeas de la monarquía. Uno de ellos fue Miguel de

Cervantes², a quien el destino y sus méritos depararon una jornada gloriosa en Lepanto, que le dejó la contrapartida de una lesión física permanente. Y poco después le tocó en suerte un largo cautiverio, que le marcó en más de un sentido. Por un lado destacó en actuaciones arriesgadas, ayudando a evadirse a varios compañeros de cautiverio, y se ganó la admiración y gratitud de muchos, pero también la inquina de otros. Y en el ambiente multicultural del puerto de Argel no le faltaron protectores entre las autoridades musulmanas, y él supo siempre distinguir entre adversarios y enemigos. Eso sí, cuando al fin fue rescatado, su actitud frente a lo que representaba el imperio otomano fue beligerante, y ello se traduce en una primera obra dramática –*El trato de Argel*– en que siempre se ha visto un testimonio vital. Esta pieza ha sido recientemente analizada por María Antonia Garcés en relación con la herida que en la psique del autor dejaron los hechos traumáticos. Recordando que a partir de Sigmund Freud se reconoce que sueño y teatro funcionan como manifestaciones del subconsciente, la estudiosa observa cómo se cumple esta ley en *El trato de Argel*, mediante los quiebros en la sucesión de escenas que crean un estado de zozobra³.

El poema «Epístola a Mateo Vázquez»⁴, deja oír la voz de un entendido en política africana que trata de influir en quienes gobiernan para que den prioridad a la defensa de los enclaves españoles en el norte de África y a las posibilidades de conquistar la plaza misma de Argel, donde penan tantos compatriotas. Con el tiempo, el fervor del excautivo dará paso en Cervantes a la reflexión y a los recuerdos, que le llevarán a reconocer en el contexto de su obra, tan vinculada a su experiencia personal, el mérito y la generosidad de algunos hombres que militaban como corsarios o se hallaban investidos de autoridad en el campo contrario. Cervantes llegará incluso a mostrar indulgencia hacia algunos casos excepcionales que conoció dentro del colectivo más denostado por los escritores excautivos, que fue el de los renegados⁵.

Pero volvamos al terreno de las letras y más concretamente a lo que era en España la prosa de ficción en la segunda mitad del siglo XVI, cuando Miguel de Cervantes, quien siempre se consideró poeta en el sentido de creador literario, vivió intensamente la vida de soldado, la de prisionero y al fin la de modesto hombre de negocios. Se seguían leyendo, aunque era ya una moda trasnochada, los libros de caballerías, pero aún más se apreciaban los libros de pastores. Cervantes se estrenó como narrador con una obra de este tipo: *La Galatea* (1583). En ella introduce una página de violencia, eco del mundo real, cuando un pueblo de la costa de Cataluña

2. Entre la abundante bibliografía sobre la vida de Cervantes, destaca por la afinada matización de sus juicios, J. CANAVAGGIO, *Cervantes. En busca del perfil perdido*, 2.^a ed. aumentada y corregida, Madrid, Espasa Calpe, 1992.

3. M.A. GARCÉS, «“Cuando llegué cautivo”: Trauma and Testimony in *El trato de Argel*», en F. LA RUBIA PRADO (ed.), *Studies in Honor of Edward Dudley*, Newark (Delaware), Juan de la Cuesta, 2001, pp. 79-105.

4. Aunque su autenticidad se ha puesto en duda, Francisco Márquez Villanueva lo considera expresión válida de las opiniones que profesaba Cervantes, en consonancia con otros cautivos. Cf. el apartado «Cervantes» en las pp. 579-607 de la *Historia de la literatura española, I*, con Introducción de F. Meregalli, Madrid, Cátedra, 1990 [Trad. de *Storia della civiltà letteraria in Spagna*, Turín, UTET].

5. Véase W.F. KING, «Cervantes, el cautiverio y los renegados», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 4, 1992, pp. 279-291.

sufre un ataque de corsarios. Con ello se quiebra la melancólica serenidad propia de este género⁶, que prescinde de la mezquina realidad social y de las presiones del día a día para proyectar sobre un fondo idílico el perfil estilizado de hombres y mujeres cuyas vidas fluyen al compás del sentimiento amoroso. Estos personajes muestran una aguda percepción de la belleza, bien resida en la naturaleza o en el ser amado, o también en el arte y la poesía. Ante ellos no se alzan los fantasmas del linaje desfavorable o de la secreta disidencia, que en más de un caso sí podían afligir a sus autores.

Sin alcanzar la misma popularidad, aparecieron en las últimas décadas del siglo XVI algunos libros de ficción que pretendían contar hechos reales del pasado español. Los antecedentes que dentro o fuera de España pudieran invocarse serían las epopeyas cultas, más que las narraciones en prosa, aunque a finales del siglo XV Pedro del Corral había escrito la llamada *Crónica Sarracina*, que introduce con gran libertad la ficción dentro de un marco histórico. Se trataba en este caso de la caída del reino visigodo, y volvió tal coyuntura a ser objeto de novelización un siglo más tarde, en circunstancias realmente curiosas. Me refiero a la *Verdadera historia del rey don Rodrigo* (1592), cuyo autor, Miguel de Luna, que era un traductor y médico morisco bien situado⁷, se propuso ensalzar los méritos de los musulmanes que conquistaron la península a comienzos del siglo VIII y creó la figura mítica de un Miramamolín que gobierna con justicia impecable sobre moros y cristianos. La motivación reivindicativa es evidente.

También lo es, aunque de muy distinta manera, en un libro de gran éxito, escrito asimismo a finales del siglo XVI, que evoca los últimos tiempos de la Granada nazarí, basándose en el romancero de la frontera y el romance morisco nuevo –género cortesano en que los sentimientos del poeta se manifiestan a través de la estampa evocada del caballero moro, sus palabras y sus gestos–. Me refiero a la *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes o Guerras civiles de Granada* (1595) escrita por el artesano Ginés Pérez de Hita, natural de Murcia. Este libro, que alcanzó en pocos años numerosas ediciones, vio la luz en Zaragoza, bajo el patrocinio de don Juan de Aragón, yerno del duque de Villahermosa, don Martín. Este caballero se había involucrado en el pulso con la Inquisición de mediados del siglo XVI a que hemos aludido, lo que implica su colaboración con el más modesto señor de vasallos

6. Francisco López Estrada, autor de obras fundamentales sobre este género, sintetiza la naturaleza y trayectoria del mismo en «Los libros de pastores», en F. LÓPEZ ESTRADA, F. CARRASCO y M.ªS. CARRASCO URGOITI, *La novela española en el siglo XVI*, pp. 127-215. El incidente a que he hecho referencia se produce en el Libro II, OC [véase *infra*, nota 23], p. 45.

7. Tanto el rey Felipe II como el arzobispo de Granada utilizaban sus servicios, pero además tenía probablemente otra actividad secreta, ya que se cree colaboraba en la manufactura de los llamados libros de plomo, que situaban precisamente en el territorio del último estado musulmán de la península la más temprana predicación del cristianismo. Se ha escrito mucho sobre esta solapada propaganda, que procuraba contrarrestar la tormenta que se cernía sobre los moriscos. Estado de la cuestión en M. GARCÍA ARENAL *et al.*, «Sección monográfica: En torno a los plomos del Sacromonte», *Al-Qantara*, XXIV-2, 2003. La tesitura vital de Miguel de Luna y su expresión literaria fueron analizadas por F. MÁRQUEZ VILLANUEVA, «La voluntad de leyenda de Miguel de Luna» (1983), en *El problema morisco (Desde otras laderas)*, Madrid, Libertarias, 1991, pp. 45-97. La obra ha sido reeditada con excelente Estudio Preliminar de L.F. Bernabé Pons: Miguel de LUNA, *Historia verdadera del rey don Rodrigo*, Granada, Universidad de Granada, 2001.

que había patrocinado la publicación como librito suelto de una parcela cronística que ensalzaba el favor y la amistad brindados por un caudillo fronterizo cristiano a los amantes moros Abindarráez y Xarifa. En ambos casos un autor que recrea positivamente una parcela del pasado andalusí cuenta con el mecenazgo de un miembro de la nobleza aragonesa, que de este modo asume un papel que le incumbe dentro de la tradicional convivencia que implicó el estatuto mudéjar.

Divago, pero la referencia a la novela breve *El Abencerraje* se justifica porque don Quijote, aún antes de ser armado caballero pero cuando ya sufre por su conducta caballerosa, se identifica explícitamente con el enamorado caballero nazarí y llama don Rodrigo de Narváez al bondadoso vecino que le ampara (Q1, cap. 5, pp. 78-79)⁸. Esto ocurre al regreso de la primera salida que realiza el hidalgo en función de caballero andante. Es por lo tanto uno de los brochazos definitorios de la motivación profunda que mueve al protagonista: no lo aparatoso de la actuación caballeresca, aunque también lo asuma, sino la esencial aceptación del riesgo y el dolor como correlatos del servicio a la amada y a los menesterosos.

En cuanto a la obra de Pérez de Hita, hay que tenerla en cuenta como precedente del juego que Cervantes establece al introducir en el capítulo octavo del *Quijote* un cambio importante respecto a la naturaleza de la historia que el libro desvela: el final de la aventura del Vizcaíno no puede conocerse porque el primer autor declara que ahí queda interrumpida su fuente escrita. Aunque desde el principio mismo Cervantes apunta a posibles divergencias en cuanto a detalles de la historia de don Quijote, hasta ese momento el lector ha percibido la peripecia como la de una obra de ficción en que el narrador no se equivoca, puesto que lo que relata no tiene existencia previa a la invención de la historia. Se trata de un pacto tácito muy distinto al crédito razonable pero siempre parcial que concedemos a un historiador. O en nuestros días a un reportero, como en tiempos de Cervantes al autor de una relación o de una crónica. El modo novelístico renacentista por excelencia, que es el libro de pastores, funciona alternando la narración de un autor omnisciente con las de sus personajes.

Sin embargo, algunos libros de caballerías habían introducido la ficción de que el texto que se ofrece al lector refleja el testimonio de un lejano testigo de las aventuras narradas, recogido por el autor que firma la obra. La supuesta proximidad del relator a los hechos sazona la experiencia de la lectura, y como las especias que dan carácter a un manjar se valoran por lo exóticas, también vistiendo al supuesto creador con galas orientales se puede intensificar el placer que siente el lector de vivir lo narrado. Al menos, con tal intención suele introducirse la figura de un autor antiquísimo o la del representante de una civilización ajena, y este artificio contribuye a que el lector del libro de caballerías se pueda persuadir mientras lee de que lo que allí se cuenta sucedió realmente, aunque en una órbita diferente del mundo en que vive.

8. Mediante las abreviaturas Q1 o Q2 intercaladas en el texto remito a Miguel de CERVANTES, *Don Quijote de La Mancha*, Edición del Instituto Cervantes 1605-2005, dir. por F. Rico con la colaboración de J. Forradellas, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores-Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2004.

Sabemos que no es este papel el que incumbe al supuesto primer relator de la historia de don Quijote, Cide Hamete Benengeli, cuyo manuscrito árabe cae en manos del yo narrador que nos habla, ya que éste pone en duda con frecuencia su veracidad o la del traductor morisco. Pues bien, entre la ubicación remota y la infalibilidad del autor original que se asumía en los libros de caballerías, y la falta de respeto con que se le discute en el *Quijote*, se produjeron algunas situaciones intermedias. Y ninguna más elaborada que la inventada por Ginés Pérez de Hita para dar credibilidad a los lances de moros y cristianos que se cuentan en sus *Guerras civiles de Granada*. El nombre de Aben Hamín, historiador arábigo, se anuncia en la portada, pero su sucinta biografía no se cuenta hasta el capítulo diecisiete. Allí leemos que este cronista, que dio cuenta por escrito de lo ocurrido en la Granada del siglo XV así como de la previa historia del reino nazarí, emigró a África cuando su patria dejó de existir, y allí tuvo descendencia. Un nieto suyo, llamado Argutaafa, entregó la crónica manuscrita a un rabino, y éste, en vida del autor de las *Guerras civiles de Granada*, se lo regaló a un noble español a quien había conocido cuando estuvo destinado en Orán. Fue este caballero quien hizo donación del manuscrito al autor murciano, que se muestra hondamente agradecido. Para que la ilusión de autenticidad sea mayor, se identifica a tal noble como don Rodrigo Ponce de León, conde de Bailén. Si nos acercamos a este ilustre capitán de la guarnición española de Orán, nos encontramos con que también él era señor de vasallos moriscos, y en 1570, al no poder evitar que éstos fueran desterrados del reino de Granada, logró llevárselos a los lugares que poseía en Castilla⁹. De nuevo la alianza de los antiguos mudéjares y sus señores aflora en una obra básica de la maurofilia literaria.

Tuviera o no en cuenta Cervantes la fictiva génesis de las *Guerras civiles de Granada*¹⁰, lo evidente es que en ambos casos se busca un origen plural y no castizo a una obra que en su realización va sumando progresivamente nuevas perspectivas. Aunque el interés por este aspecto de la creación cervantina no sea reciente¹¹, en los últimos diez años ha sido replanteado desde enfoques analíticos que se basan en técnicas narratológicas nuevas¹². Entre las escritas en español podemos citar «Multi-

9. Cf. B. VINCENT, «Combien de Morisques ont été expulsés du royaume de Grenade?», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, VII, 1971, pp. 397-399.

10. Estudió la posible relación G. L. STAGG, «El sabio Cide Hamete Venengeli», *Bulletin of Hispanic Studies*, 33, 1956, pp. 218-225.

11. Ya en 1947 escribió Américo CASTRO: "El *Quijote* es, entre otras cosas, la textura de las palabras del autor Cervantes con las del otro 'autor' Cide Hamete Benengeli". Cito «La palabra escrita y el *Quijote*», publicado por la revista *Asomante* de San Juan, Puerto Rico, en 1947, e incluido en *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus, 1957, pp. 267-299 (la cita en p. 268). Análisis de tales procedimientos y del panorama crítico surgido en torno a ello a mediados del siglo XX, en F. MÁRQUEZ VILLANUEVA, «Fray Antonio de Guevara y la invención de Cide Hamete», en *Fuentes literarias cervantinas*, Madrid, Gredos, 1973, pp. 235-257.

12. Diana de Armas Wilson parte de unas observaciones de Mijail Bajtín sobre el *Quijote* para reflexionar sobre «Hybridity in *Don Quixote*». En el curso de su análisis encuentra en el perspectivismo lingüístico de Leo Spitzer conciencia del poliglotismo practicado por Cervantes, aunque no del papel crucial que juega el carácter híbrido del mundo creado. Observa la autora que finalmente en el *Quijote* se ofrece a los lectores una reconstruida traducción al español de la versión árabe de una verdadera historia española. El apartado que comentamos en D. de ARMAS WILSON, *Cervantes, the Novel and the New World*, Oxford, Oxford University Press, 2000, pp. 95-103.

culturalismo y traducción en el *Quijote*», de Carlos Moreno, que resalta cómo Cervantes nos ofrece “la obra de dos autores y de un traductor sobre unos personajes, conviviendo en un espacio multicultural”¹³. La Segunda Parte del *Quijote* introduce en este mecanismo cierta confusión, que lleva a involucrar en el resultado final al lector, invitándole a juzgar lo que el libro refiere según las coordenadas culturales del tiempo y espacio en que vive.

Reflexionando sobre la ambigüedad del pensamiento cervantino, Michael McGaha¹⁴ encuentra concomitancias con la doctrina de Ibn Arabí, el maestro sufi de Murcia; y Luce López-Baralt señala que en la forma de descartar la pluma con que se escribió el *Quijote* puede verse un eco de la creencia en la suspensión a una altura inalcanzable del cálamo que sirvió para dar forma escrita al *Corán*¹⁵.

Un caso muy especial es el de la invención de Dulcinea, en cuyo trasfondo se oculta la labradora Aldonza Lorenzo, que vivía en El Toboso. Américo Castro¹⁶ observó que hubo familias moriscas establecidas en este lugar, y considera que hay un tema latente en la posible connotación de tal circunstancia. Hasta la coincidencia del verdadero nombre de la señora de los pensamientos de don Quijote con el de la protagonista de *La lozana andaluza* de Francisco Delicado amplía la resonancia de una figura oscilante entre lo plebeyo y lo mítico¹⁷.

Vamos a dejar de lado las perspectivas analíticas para recorrer la nómina de personajes que representan a la población morisca en las obras de ficción cervantinas. Comenzaremos por las *Novelas ejemplares* (1612), mejor dicho por las dos que nos conciernen: «El licenciado Vidriera» y «El coloquio de los perros Cipión y Berganza». Ambas se consideran parte de la producción cervantina escrita durante los años en que su autor desarrolló una intensa actividad como burócrata y hombre de negocios. Todo en una esfera modesta. Las actividades profesionales no ocupaban todo su tiempo, pues tenía familia, que contaba mucho para él aunque le ocasionase serios disgustos. Y me permito una pequeña digresión biográfica, pues en nuestro recorrido encontraremos más mujeres que hombres, y aunque en ningún caso estos personajes sean trasunto de personas que el autor tratase, sí es posible que, junto a sus vastas lecturas, le sirvieran las experiencias vividas para entender los modos de ser femeninos y también adivinar los sueños que alentaban en mujeres de muy variable condición. Si Miguel volvió de Argel fue gracias a la inteligencia y capacidad de sacrificio de su madre Leonor de Cortinas, con quien todo hace pensar que es-

13. *Hispanic Review*, 71, 2003, pp. 205-228. El pasaje citado en p. 208.

14. «*Don Quijote as arabesque*», en K. REICHENBERGER (ed.), *Cervantes. Estudios en la víspera de su centenario*, Kassel, Edition Reichenberger, 1994, vol. I, pp. 163-171.

15. L. LÓPEZ-BARALT, «El Cálamo supremo (Al-Qalam Al-'Alá) de Cide Hamete Benengeli», en A. TEMIMI (ed.), *Mélanges María Soledad Carrasco Urgoiti*, Túnez, Fondation Temimi, 1998, vol. I, pp. 343-361.

16. «Cervantes y el *Quijote* a nueva luz», en Américo CASTRO, *Cervantes y los casticismos españoles*, Madrid, Alfaguara, 1966, pp. 2-183.

17. Remito al trabajo en prensa de A. STOLL, «Aldonza/Dulcinea en el manuscrito iluminado de Cide Hamete Benengeli. Hacia una arqueología cultural de los fundamentos aljamiados del *Quijote*». Aparecerá en las actas del simposio, coordinado por Rodolfo Gil Grimaó, «Cervantes, *El Quijote*, lo moro, lo morisco y lo aljamiado» (Sevilla, mayo de 2005).

tuvo siempre identificado. En cuanto a las hermanas, es bien sabido que –excepto una que fue una admirable monja reformadora– tuvieron una fama más bien equívoca, y lo mismo puede decirse de su hija natural y su sobrina, pero hoy se empiezan a entender de manera distinta aquellas historias. Ellas vivieron de la manera que les permitía la sociedad, dada su condición de mujeres educadas y atractivas, pero pobres y de no bien acreditada hidalguía¹⁸. Miguel las apoyó a todas, aunque no faltaron distanciamientos. En cuanto a la amante que fue madre de su hija, sólo hablan de ella ciertos hechos y documentos que no nos libran el clima de la intimidad, y lo mismo podemos decir respecto al matrimonio que siendo ya hombre maduro contrajo el escritor con la jovencísima Catalina de Salazar. Lo que esa unión tuvo, como todas entonces, de contrato fue acordado entre Cervantes y su suegra, que parece haber sido hábil mujer de negocios. Así pues, antes de cumplir cuarenta años el soldado y poeta lisiado buscó, junto a Catalina –Terlinca en lenguaje poético– un hogar duradero en el ambiente apacible de una pequeña ciudad manchega, concretamente Esquivias. El sueño duró poco, pero no hay que pensar en rupturas definitivas¹⁹, ya que el matrimonio volvió a reunirse en los últimos años de la vida del escritor. Queda el hecho de que Miguel tomó la decisión de alejarse de su casa, para volver a la brega de los negocios y al mundillo de los hombres de letras.

Fue por entonces cuando, alternando con temporadas en ciudades de Andalucía, sobre todo Sevilla²⁰, el escritor llevó una vida errante, que cronológicamente coincide con los últimos años del reinado de Felipe II, y que propicia en su ánimo un proceso de desengaño. Los sucesos internacionales adversos a España y los reveses personales influyen en el ánimo de Cervantes, y su perfil satírico emerge en contribuciones poéticas a actos públicos. Por entonces va llenando un cofre de papeles con obras de diversa naturaleza y extensión. Entre ellas se guardan las narraciones en prosa, recogidas muchos años después bajo el título de *Novelas ejemplares* (1612), que hoy nos parecen encajar perfectamente en un género literario –el de la novela corta– pero entonces suponían una novedad dentro del panorama español y un tramo nuevo si las situamos en el repertorio europeo. Pensemos en las dos que vamos a comentar –«El licenciado Vidriera» y «El coloquio de los perros»– como fruto de esa temprana hornada.

Encontramos en ambos casos un brochazo ambiental que refleja uno de los rasgos más habitualmente atribuidos a los moriscos por parte de la población cristiano-vieja: la fe en la hechicería, que por otra parte invadía también otros sectores de la población. Pero achacar tal inclinación a los “nuevos convertidos de moros”, como se decía, no dejaba de tener cierto fundamento, en cuanto reflejaba el hecho de que en esta comunidad abundaban no sólo los médicos, sino también un gran número

18. Véanse los comentarios de F. MÁRQUEZ VILLANUEVA en «La cuestión del judaísmo de Cervantes», *Cervantes en letra viva. Estudios sobre la vida y la obra*, Barcelona, Reverso, 2005, pp. 151-168 y 330-345.

19. El documento que otorgó a favor de su esposa implica una precaución nada insólita frente a eventuales reveses en los negocios. Cf. D. EISENBERG, «El convenio de separación de Cervantes y su mujer Catalina», en I. LOZANO-RENIEBLAS y J.C. MERCADO (eds.), *Silva. Studia philologica in honorem Isaias Lerner*, Madrid, Castalia, 2001, pp. 227-232.

20. Véanse los estudios reunidos en P. RUIZ PÉREZ (ed.), *Cervantes y Andalucía: biografía, escritura, recepción: Actas del Coloquio Internacional (Estepa, 1998)*, Estepa (Sevilla), Ayuntamiento de Estepa, 1999.

de hombres y mujeres entendidos en las propiedades medicinales de las plantas, conocimientos por otra parte inseparables de las fórmulas y ceremonias curativas tradicionales que reflejaban creencias o prácticas musulmanas. Ello no impedía que la clientela del sanador morisco se extendiese por todos los estamentos sociales²¹.

El personaje cervantino que perderá la razón en la medida que aumente su sagacidad para diagnosticar las formas variadas de estulticia y engreimiento que la sociedad le muestra, cree haberse convertido en un hombre de vidrio, a quien la verdad le llega sin barreras, y por lo mismo asume mentalmente la fragilidad del cristal. Con ello queda incapacitado para otra acción que la denuncia y cierta forma de bufonería. Antes de caer en tan triste situación, el licenciado había sido un joven dotado de talento e integridad. Su vida sigue una firme trayectoria –el autor nos la va mostrando–, que le lleva desde una adolescencia sin más asidero que el trabajo servil hasta las puertas de una posición de prestigio como hombre de letras y perito en leyes. En ese pórtico del éxito una mujer le acosa, y al no lograr seducirle decide recurrir a las artes mágicas de una morisca, que estaba disponible para llevar a cabo el embrujo más solicitado: un filtro de amor. En el caso de Vidriera se le administrará en un membrillo toledano. Aunque ese fruto tenía connotaciones eróticas desde la época clásica²² la especificación de origen acentúa el toque mudéjar del incidente, ya que la ciudad imperial había sido presentada por Cervantes mismo en el *Quijote* de 1605 –Primera Parte– como encrucijada en que no faltaban judíos ni moriscos. En el pasaje de las *Novelas ejemplares* que comentamos interviene seriamente la voz autorial para proclamar una verdad de fe: “como si hubiese en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes a forzar el libre albedrío” (*OC*, p. 587b)²³. Tras esto pasa a negar solemnemente los supuestos efectos de tales “bebidas o comidas amatorias”, que no producen otro efecto que quitar la salud a quien las consume. En la novela que comentamos el membrillo manipulado no surtirá el efecto apetecido por ambas mujeres, pero tampoco resultará inoperante. El joven cae en tierra como atacado de alferecía y, aunque se recupera, a partir de ese momento manifiesta la lúcida locura que será como una señal de identidad de la que no podrá desprenderse, aun cuando al cabo de dos años recupere el juicio. Aunque en «El licenciado Vidriera» el recurso a la hechicería morisca sirva de una manera artificial para mover la peripecia en el sentido que marca el tema, no he querido prescindir de una pincelada que nos hace llegar una nota ambiental de la vida urbana en la España del siglo XVI.

Cumple la misma función respecto a un ámbito pueblerino un episodio de la «Novela y coloquio que pasó entre Cipión y Berganza, perros del Hospital de la Resurrección, que está en la ciudad de Valladolid...». Este diálogo, considerado en sí, pertenece a un subgénero renacentista muy cultivado por moralistas y satíricos en que no es raro que los protagonistas pertenezcan al reino animal. Pero Cervantes lo da a conocer como parte de una novela, «El casamiento engañoso», cuyo protago-

21. Sobre estas cuestiones véase L. GARCÍA BALLESTER, *Los moriscos y la medicina*, Barcelona, Labor, 1984. Cf. también el estudio de Yvette Cardaillac citado *infra*, nota 25.

22. Véase la nota de J.B. AVALLE-ARCE en su edición de Miguel de CERVANTES, *Novelas ejemplares*, 3.ª ed., Madrid, Castalia, 1992, vol. II, p. 116.

23. Las referencias a *OC* intercaladas en el texto remiten a Miguel de CERVANTES, *Obras completas*, edición de F. Sevilla Arroyo, Madrid, Castalia, 1999.

nista, que ha aprendido una amarga lección sobre las mujeres y también sobre sí mismo, escribe lo que ha escuchado o soñado en el hospital donde le curan. Los dos canes, que una noche reciben muy sorprendidos el don de usar la palabra humana, han acordado dar a conocer su pasado al compañero, propósito que sólo se cumple en un caso. Las experiencias de Berganza se asemejan a las de los pícaros que cuentan su vida y enjuician a la sociedad en las llamadas novelas picarescas, forma de ficción novedosa sobre la que Miguel de Cervantes reflexionó mucho²⁴.

De las andanzas de Berganza nos interesan dos momentos muy diferentes que se dan superpuestos. El primero es su encuentro en la villa andaluza de Montilla con una vieja hospitalera, que tiene fama de bruja y a la que el perro acaba arrastrando por el patio mientras está en trance. Este episodio sólo tangencialmente se relaciona con nuestro tema, ya que el mundo de las brujas, que una de ellas –parcialmente arrepentida– desvela al perro, no se caracteriza por las ceremonias ni el habla propios de los “nuevos convertidos de moros”, como se decía, sino que más bien retrata un tipo de hechicería que se cultivaba en Europa²⁵. Y en cuanto al portento, que la vieja atribuye a su maestra, de transformar en perros a dos niños recién nacidos, también rebasa lo que pudieran ser las habituales prácticas de la hechicería morisca. Sin embargo, Cervantes, que había pasado una temporada en Montilla, abre un resquicio a las tradiciones locales con este episodio, pues eran proverbiales las brujas del lugar. Además, la principal figura del trío al que pertenece la vieja que cuenta a Berganza su vida secreta, no es otra que la Camacha de Montilla, y en la vida real así se llamó efectivamente una hechicera que veinte años antes había sido procesada por la Inquisición. Se conserva el acta del interrogatorio en que se identifica como cristiana vieja, aunque admite que ha aprendido muchas hechicerías de moros y de cristianos. Contó que, viviendo en Granada, vio hacer cosas portentosas a una morisca –la llama mora–, y también hizo referencia a un moro sin bautizar con quien cohabitó para ampliar sus conocimientos²⁶. En el «Coloquio» viene a encarnar la malignidad sin paliativos, como un personaje de cuento, pues es ella quien transforma en cachorros a los gemelos recién nacidos de una discípula. Pero es curioso que el texto no consigne la relación de estas brujas con la hechicería morisca, que ha po-

24. Con la *Vida de Guzmán de Alfarache* (1599 y 1608) Mateo Alemán inaugura una nueva forma de literatura de ficción, que fustiga al propio narrador-protagonista y a la realidad social en que se mueve. Esto ocurre mientras Cervantes va buscando nuevos caminos a la narrativa. Por otro lado, se dan puntos de contacto entre su biografía y la de Alemán, aunque difieren en el talento y no se sabe que hubiera entre ellos relación directa. Explora estas conexiones, tanto en el plano de la experiencia como en el de la creación, F. MÁRQUEZ VILLANUEVA, «La interacción Alemán-Cervantes» (1991), ahora en *Trabajos y días cervantinos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1995, pp. 291-297.

25. Así lo constata Y. CARDAILLAC, «Évolution de l'idée de magie en Espagne: morisques et chrétiens, XVI et XVII siècles», en A. TEMIMI (ed.), *Actes du VI Symposium International d'Études Morisques sur «État des études de morisologie durant les trente dernières années»*, Zaghouan (Túnez), Céromdi, 1995, p. 65 y ss.

26. Aunque la conexión había sido previamente comentada, el estudio del proceso mismo se debe a Á. HUERGA, «Proceso inquisitorial contra la Camacha», en M. CRIADO DE VAL (ed.), *Cervantes, su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes*, Madrid, EDI-6, 1981, pp. 453-462. Interpreta este episodio desde perspectivas freudianas M.A. GARCÉS, «Berganza and the abject: the desecration of the mother», en R.A. EL SAFFAR y D. de ARMAS WILSON, *Quixotic desire: Psychoanalytic perspectives on Cervantes*, Ithaca (New York), Cornell University Press, 1993, pp. 292-314.

dido rastrear la erudición de nuestro tiempo. En Cervantes, también los silencios pueden plantear interrogantes.

Volvamos a las aventuras del perro Berganza. Después de pasar unos días entre unos gitanos, que lo quieren utilizar como perro sabio, emprende una huida hacia Granada y sus alrededores que le lleva a la casa de un hortelano morisco, donde permanece algunas semanas. Durante ese tiempo no le ocurre nada digno de contarse, salvo que pasa hambre porque, según él, su amo es tacaño y la familia come frugalmente sin dejar sobras apetitosas. Tampoco presencia ningún delito ni ceremonia prohibida, pero el can murmurador sugiere que tendría mucho malo que contar. En sus comentarios aflora el odio hacia los que califica de morisca canalla y considera unos aprovechados que, a fuerza de trabajar, guardar y no gastar, se van apropiando poco a poco del caudal de los españoles. Todos estos conversos de moros se casan, todos se multiplican porque –comenta el perro hablador– “el vivir sobriamente aumenta las causas de la generación” (OC, p. 681b). En un tono despectivo, que se hace más apasionado conforme habla, Berganza va ensartando algunas de las quejas contra los moriscos que con mayor frecuencia se oían y se publicaban antes y después de la expulsión. Y sin embargo, el can no alude a la connivencia de los nuevos convertidos con enemigos exteriores. Tampoco concreta en una acusación de prácticas islámicas la queja de que entre los moriscos por maravilla se encontrará quien crea derechamente en la ley cristiana. Su diatriba es superficial, aunque apasionada. Comprensiblemente, al comentar esta página cervantina la crítica se ha visto dividida entre quienes piensan que el escritor expresa su propia posición por boca del perro parlante del «Coloquio» y quienes consideran que, por el contrario, ha dado voz al bando antimorisco²⁷, que a la postre fue el que logró su objetivo. Mejor dicho que ya lo había logrado, quizás no cuando se escribió, pero sí cuando se publicó en 1612 esta página, que cobra todo su sentido como texto irónico. En realidad, cuando se imprimieron las *Novelas ejemplares* en el año 1612 Cervantes debía tener entre manos el segmento de unos veinte capítulos de la Segunda Parte del *Quijote* que cubren episodios posteriores a la estancia de don Quijote y Sancho en el palacio de los duques. Entre ellos, y coincidiendo con uno de los momentos en que los protagonistas andan por separado, se introduce una de las figuras más cuidadosamente caracterizadas de la obra, el morisco Ricote²⁸. Ocurre en un momento crucial en la trayectoria de Sancho Panza, que acaba de abandonar el gobierno de la Ínsula en un gesto admirable de hombre honrado y maduro. Cuando, montado en su rucio, va en busca de don Quijote, irrumpen en el camino seis peregrinos extranjeros, más recogidos que devotos, que le piden limosna cantando. Él parte con ellos su ración de pan y queso, que aceptan, pero sin dejar de pedir ruidosamente dinero, en habla

27. Véanse las consideraciones de F. MÁRQUEZ VILLANUEVA en las páginas (295 a 304) que dedica al «Coloquio» en su ya clásico estudio «El morisco Ricote o la hispana razón de estado», *Personajes y temas del «Quijote»*, Madrid, Taurus, 1975, pp. 229-335.

28. He tenido a mi cargo el comentario crítico y bibliográfico del capítulo 54 de la Segunda Parte del *Quijote* en la edición de la editorial Crítica y el Instituto Cervantes. Remito a esas páginas, donde intenté sintetizar la producción crítica suscitada por la figura de Ricote: sección «Lecturas» (pp. 201-206) del *Volumen Complementario* a la edición citada *supra*, nota 8. Estado de la cuestión y diversas perspectivas de análisis en S.J. FAJARDO, «Narrative and Agency: The Ricote Episode (*Don Quijote II*)», *Bulletin of Hispanic Studies*, University of Glasgow, LXXVIII, 2001, pp. 311-322.

germanesca y gesticulando. También responde Sancho por señas que nada tiene. Intenta seguir su camino, pero uno de los peregrinos lo detiene, abrazándole por la cintura y llamándole por su nombre. Sancho no le reconoce hasta que se identifica como “tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar”. Entonces le abraza, y hablándole con la misma afectuosa campechanería con que le abordó el vecino, le pregunta que cómo se atreve a volver a España, “donde si te cogen y conocen tendrás harta mala ventura?” (Q2, cap. 54, p. 1168). Con esas palabras queda bien claro para el lector que Cervantes está narrando hechos, en parte reales y en parte ficticios, que corresponden a un pasado muy próximo, ya que los edictos de expulsión se promulgaron y empezaron a llevarse a la práctica no más de seis años antes de la publicación de esta *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, que vio la luz en 1615.

Desde que conozco el sobrio y magistral retrato que Velázquez nos dejó de su criado y aprendiz Juan de Pareja, pienso en la coincidencia de esos dos artistas máximos al retratar con lo mejor de su técnica a un individuo representativo de la minoría expulsada. A diferencia de lo que ocurre con muchas de las personas cuyas vidas se cruzan con las de don Quijote y Sancho, la personalidad de Ricote se revela con una concreción y expresividad que hacen de él un individuo. Durante su encuentro con Sancho mantiene con éste un largo coloquio, sin que su modo de expresarse en castellano le singularice. El padre de familia morisco se muestra sagaz y prudente, a la vez que sabe confiar en quien lo merece. Es un comerciante con los pies en la tierra y ha tenido la precaución de dejar oculta una parte de su caudal, siendo ésta una de las razones por las que regresa a España. Por cierto que Sancho, huyendo fino en el caso de conciencia que se le plantea, rehúsa categóricamente ayudar a Ricote en la recuperación del “tesoro oculto”, por muy espléndidamente que éste le quiera compensar, pero ni por un momento piensa en delatarlo, aunque sabe que como encubridor incurre en un delito muy castigado.

Otra faceta importante del carácter de Ricote es el amor a los suyos. Su prioridad es restablecer el contacto con su esposa y su hija. Será Sancho quien le cuente que fueron obligadas a abandonar el pueblo, entre las lamentaciones del vecindario pues todos sabían que en la familia del tendero morisco había dos mujeres, madre e hija, que eran fervientes católicas, dato que ratifica el padre en el curso de la conversación. Pero tampoco hay duda de que el hermano de Ricote sea un musulmán a ultranza. Con toda naturalidad pinta tal cuadro Sancho, y el padre de familia lo completa confesando su propia indefinición religiosa, actitud que contrasta con su firmeza al expresar el amor a la patria. Dada esta situación, resulta lógico el paso que había dado de buscar en el destierro un lugar donde hubiese “libertad de conciencia”. Lo halla en la Alemania protestante, donde piensa establecerse, si puede enderezar el cauce de su vida, recuperando el capital que dejó oculto y trayendo a su mujer y a su hija de Argel. La sensatez y la hombría de bien de los dos vecinos se hace sentir en esta sobremesa campestre, que sigue a una rústica comida en la que fraternizan alegremente con extranjeros. Éstos aportan manjares, como el caviar, propios de otra cultura, al mismo tiempo que con jocosas ceremonias dan razón de una merienda muy española y agotan sendas botas de vino. Y hasta Sancho entra en el juego de combinar distintas lenguas. No sorprende que sea ésta una de las estampas del *Quijote* más comentadas en recientes estudios culturalistas, donde se pone de relieve la capacidad de Cervantes para

hacer presente en su obra la interacción de diversas culturas, proceso que por cierto se hallaba en descrédito cuando escribía su obra maestra²⁹.

Volviendo a nuestra materia, debemos notar que los episodios amorosos que engarzan artificialmente con las andanzas de los protagonistas abundan en la Primera Parte del *Quijote*, pero Cervantes prometió que no los introduciría en la Segunda. Y sin embargo, poco antes de la derrota definitiva de don Quijote que le obligará a emprender el camino de retorno a la aldea y a la realidad, se va a producir una historia de amor, cautiverio y aventuras, que no aleja del plano de la experiencia sino que lo trasciende. La protagonizan la bella morisca, hija de Ricote, y el caballero que la ama. Algunos críticos hablan de un episodio en dos tiempos: el primero, apegado a la realidad, es el encuentro en que Ricote y Sancho presentan el destierro de los moriscos como experiencia, mientras que el segundo crea un clima de heroicidad comparable al que alentaba en los libros de caballerías, la epopeya culta o las novelas bizantinas, género helenístico y medieval que ha vuelto a despertar interés en el siglo XVI.

En la conversación de los dos vecinos se había introducido un preámbulo al cambio de tono en el tratamiento de la familia morisca que se producirá en el desenlace diferido. Es Sancho el primero en mencionar a un mayorazgo rico de quien se decía que quería mucho a la hija de Ricote –llamada Ricota por boca de su padre en este capítulo, conforme a una práctica habitual entre los moriscos–. El joven hidalgo ha desaparecido desde el día en que ella salió al destierro. En una reacción muy propia de un padre de familia, Ricote interpreta tal enamoramiento como una amenaza a su honra, pero dos cosas le tranquilizan: la confianza que le merece su hija y el hecho de que, según él, “las moriscas pocas o ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos” (*Q2*, cap. 54, p. 1175). Esta observación, que en términos generales refleja la separación que impone la estructura social, es significativa, pues contradice una queja frecuente entre los apologistas de la expulsión, que se lamentaban de los daños que sufrían muchas familias cristianas porque –en palabras del clérigo aragonés Pedro Aznar Cardona– los hombres se amigaban “con moriscas desalmadas, que lo tenían por lícito”³⁰.

En la segunda parte del episodio, que se inicia en el capítulo sesenta y tres, la peripezia refleja esquemas de la novela bizantina, pero se desarrolla en el vórtice de enfrentamientos coetáneos. Cervantes llevará a sus criaturas –la morisca cristiana y el hidalgo que por amor une su destino al del pueblo expulsado de la patria común– a vivir aventuras inverosímiles en que el disfraz femenino para el varón y el varonil para la mujer, aunque sean tópicos, resultan signos de la indefinición en que se desarrolla su vida. Pero antes de que la heroína aparezca, don Quijote y Sancho acompañan a

29. De gran interés C. SCHMAUSER, «Ricote, Sancho y los peregrinos (*Don Quijote* II, 54): comunicación verbal y no verbal en los encuentros interculturales», en C. SCHMAUSER y M. WALTER (eds.), ¿*¡Bon compaño, jura Di!*? el encuentro de moros, judíos y cristianos en la obra cervantina, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1998. Contiene también valiosos comentarios sobre el “simposio” campestre y festivo de los peregrinos J. IFFLAND, *De fiestas y aguafiestas: risa, locura e ideología en Cervantes y Avellaneda*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 1999.

30. P. AZNAR CARDONA, *Expulsión justificada de los moriscos de España*, Huesca, 1612, f. 36. Véase J. CARO BAROJA, «Los moriscos aragoneses según un autor de comienzos del siglo XVII», *Razas, pueblos y linajes*, Madrid, Revista de Occidente, 1957, pp. 81-98.

las autoridades al puerto de Barcelona en un día solemne en que recibe la visita del virrey. Como un gran lienzo barroco se despliega el espectáculo de la flota y las maniobras que sobrecogen al propio caballero andante. No falta la nota cómica de un susto que sufre Sancho, cuando la chusma, pasándole de banco en banco, le hace recorrer en volandas el largo de la galera capitana. De la broma se pasa a la acción de un combate naval, al anunciarse la proximidad de un bajel turco. Inevitablemente cae la presa, aunque intenta escapar, y cuando se les da el alto, un par de tripulantes disparan sus arcabuces y matan a dos soldados españoles. Enfurecido, el general quiere ahorcar al arráez, aunque la extrema juventud, fragilidad y belleza del que señalan por tal mueven a compasión. Ya tenemos en el lienzo la figura, tal vez alegórica o mitológica, que le dará sentido. Cuando el virrey mismo le pregunta: “‘Dime, arráez, ¿eres turco de nación o moro o renegado?’” (Q2, cap. 63, p. 1257), responde negando las tres identidades, en palabras que forman dos octosílabos con deje de romance: “‘Ni soy turco de nación, ni moro, ni renegado’” (Q2, cap. 63, p. 1258). Como un magnífico golpe de teatro viene la sorprendente respuesta a la reiterada pregunta: “‘Pues ¿qué eres?’ replicó el virrey. ‘Mujer cristiana’ respondió el mancebo”.

La relación que hace Ana Félix de sus desventuras comienza afirmando su profesión de fe cristiana, inculcada por su madre. El viaje a Berbería lo hizo forzada por sus tíos, lo que dio lugar a que también el mayorazgo que la amaba hiciese la travesía, camuflado entre los moriscos, “porque sabía muy bien la lengua” (Q2, cap. 63, p. 1259). Lo que sigue son peripecias típicas de relato bizantino. Él permanecerá en Argel, disfrazado de mujer destinada al harén del Gran Señor, mientras ella, que se hace pasar por varón, es autorizada para recoger en España el tesoro de su padre, que ha de servir para su rescate. Cuando acaba su relación la acompañan en su llanto muchos de los presentes, y el propio virrey “se llegó a ella y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba” (Q2, cap. 63, p. 1261). Culmina la emoción cuando Ricote, que ha escuchado todo oculto en su hábito de peregrino, cae a los pies de su hija.

En los dos capítulos siguientes la peripecia del episodio, que prosigue intercalada entre otros sucesos, parece encaminada a un feliz desenlace, al que contribuirían los protagonistas y los personajes que los acompañan. Sin duda es lo que se espera como culminación de este tipo de relato. Pero Cervantes, que si ha urdido esta historia ha tenido que hacerlo como testimonio de su íntimo sentir, no se permite el falso consuelo de asegurar un final feliz a su bella pareja cristiano-morisca, cuando en realidad se habían barrido todos los sueños de concordia. Tendrá la última palabra Ricote, personaje arrancado a la vida que no encubre las circunstancias que se viven en aquel preciso momento histórico y que paradójicamente nunca ha condenado la expulsión, por considerar que la mayoría de los suyos se hicieron acreedores al castigo. Habla para advertir que el conde de Salazar, encargado de hacer ejecutar la orden de destierro, no se dejará influir por dádivas ni halagos. El lector ha de contentarse con ese final abierto, que hoy se podría aceptar con menos extrañeza que a principios del siglo XVII. Con razón se ha visto en tal negativa de Cervantes a cerrar favorablemente el caso un gesto de honestidad intelectual y también de desolación ante el proceso ya concluido de la extinción de la España morisca³¹.

31. Véase V. LLORENS, «Historia y ficción en el *Quijote*» (1946), en *Literatura, historia, política*, Madrid,

El último cristiano nuevo de ascendencia andalusí que establece contacto con don Quijote y Sancho procede del *Quijote* apócrifo. Cervantes lo introduce para darles a sus protagonistas la satisfacción de que un personaje que trató a los torpes imitadores que habían robado su identidad certifique que se trata de personas muy diferentes. Al adoptarlo, otorga gran dignidad a este caballero, que es granadino. Por el abolengo que él mismo pregonaba en la obra de Avellaneda se trata indudablemente de un descendiente de los moros nazaries. Ni siquiera falta una alusión a las *Gueras civiles de Granada*³².

Cervantes no recoge de forma explícita este dato, pero sí atribuye al personaje don Álvaro Tarfe un lujo discreto y ciertos rasgos de refinamiento en el vestir que son congruentes con su calidad de hidalgo rico, pero también ocioso, pues así es como se veían obligados a vivir los burgueses ricos que no podrían someterse a pruebas de limpieza de sangre. El autor nos ha presentado, con la misma discreción que si se tratara de un caso real, a un morisco asimilado, o si ustedes prefieren, a un moro ahidalgado, que es como los denomina Ginés Pérez de Hita. Pero para el buen entendedor todo está dicho en su primera y brevísimas conversaciones con don Quijote: el granadino le pregunta adónde se dirige, a lo que responde brevemente el caballero andante derrotado, interrogándole, a su vez, por el destino de su viaje. “Yo, señor” –respondió el caballero–, ‘voy a Granada, que es mi patria’. –‘¡Y buena patria!’–” (Q2, cap. 72, p. 1317) confirma don Quijote.

La obra póstuma de Cervantes, en cuya dedicatoria se aplica a sí mismo la copla “Puesto ya el pie en el estribo, / con las ansias de la muerte”, representó un largo esfuerzo de renovación y al mismo tiempo un regreso a los antiguos esquemas bizantinos, que también probaron otros ingenios del siglo XVI³³. Con identidades ocultas y fingiéndose hermanos, los paradigmáticos protagonistas de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617) realizan un largo peregrinaje en que se aquilatan sus virtudes y su religiosidad antes de llegar a Roma, centro de la cristiandad, donde, superadas ciertas vacilaciones de Sigismunda, contraen al fin matrimonio. Presentán-

Revista de Occidente, 1967, pp. 143-165. Desde perspectivas actuales comenta el episodio A.J. CASCARDI, «Romance, Ideology and Iconoclasm in Cervantes», en A.J. CRUZ y C.B. JOHNSON (eds.), *Cervantes and his postmodern constituencies*, New York, Garland, 1999, pp. 22-42 (especialmente pp. 35-39).

En determinados lugares de la Mancha lograron permanecer, o regresar después de la expulsión, bastantes familias moriscas que se habían integrado en el tejido social del pueblo y gozaban del favor de su señor, el poderoso conde de Salinas. Véase T.J. DADSON, «Convivencia y cooperación entre moriscos y cristianos del Campo de Calatrava: de nuevo con Cervantes y Ricote», en P. CIVIL (ed.), *Homenaje a Augustin Rondono*, Madrid, Castalia, 2004, vol. I, pp. 301-314. En cuanto a la burguesía morisca de Granada, véase en el mismo colectivo B. VINCENT, «Les élites morisques grenadines», vol. II, pp. 1467-1479.

En la edición del *Quijote* de la editorial Crítica, los comentarios de la sección «Lecturas» a los capítulos 63, 64 y 65 de la Segunda Parte han estado a cargo de Georges Güntert. Este crítico es autor de *Cervantes. Novelar el mundo desintegrado*, Barcelona, Puvill, 1993, que contiene un valioso análisis de los episodios que comentamos. Véanse pp. 86-99.

32. Personaje de este libro, así como de varios romances, es el “moro Tarfe”. Remito a mi estudio «Don Álvaro Tarfe: El personaje morisco de Avellaneda y su variante cervantina», *Revista de Filología Española*, LXXIII, 1993, p. 275-293.

33. Véase I. LOZANO RENIEBLAS, *Novelas de aventuras medievales. Género y traducción en la Edad Media hispánica*, Kassel, Reichenberger, 2003. De la misma autora: *Cervantes y el mundo del «Persiles»*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1998.

dose ante todos como hermanos, han recorrido dos órbitas muy diferentes. La primera los llevó hacia el norte, que para los europeos era por entonces la parcela más desconocida de la tierra. Navegando por mares ignotos encuentran islas habitadas por pueblos bárbaros, aunque de distinto calibre moral. Su pequeño grupo va creciendo conforme se integran en él personas que huyen del ámbito civilizado y cuentan su historia. También hay un movimiento forzado de dispersión que pone a prueba la fidelidad de los enamorados y las virtudes de todos. Los relatos de las aventuras vividas por los varones se desarrollan largamente.

Al mismo tiempo, en el primer plano de la acción el mal existe y lo personifican algunas veces mujeres crueles y lascivas, talladas según prototipos que ya existían en la literatura antigua y que recogió el Renacimiento. A esa galería pertenece la sabia y maligna Cenotia³⁴, personaje del Segundo Libro, que se incorpora al grupo virtuoso, en que ya se ha infiltrado algún cortesano intrigante. Esta mujer, entrada en años pero aún bella, se propone seducir a un joven que ha nacido, lejos de la civilización, de la unión formada por un honrado expatriado español y una mujer bárbara de recto corazón. En su empeño recurre a las artes mágicas y la intriga, manipulando al monarca que impera en aquella esfera apartada, mientras que el muchacho se defiende intentando matarla, lo que reprueba su propio padre. Éste también es capaz de frenar a la maga, que ha hecho enfermar al joven mediante hechizos. Más adelante, Cenotia provoca un atroz incendio, lo que marca su fin, pues el pueblo, adivinando su malignidad, cuelga a la maga de una antena. Pues bien, esta maestra en mixtificaciones ha salido de la comunidad morisca y se las ha visto con el Santo Oficio, según ella misma declara. De sus ancestros le vino el acceso a la sabiduría oriental y a la magia de Zoroastro. Hoy nos puede parecer normal que se busquen las raíces de marginación y los modelos adversos al código vigente que puedan explicar las conductas delictivas, pero a principios del siglo XVII no resultaría obvio el vínculo, apuntado en el *Persiles*, entre la peligrosidad causada por la minoría morisca y las clásicas figuras míticas que ya representaron en el mundo antiguo los poderes ocultos. Como en tantas cosas, Cervantes se adelanta a su tiempo.

La segunda ruta por la que se mueven los peregrinos recorre el sudoeste de Europa, desde Lisboa hasta Roma. Después de atravesar la Península Ibérica, donde algunos dan por terminado su periplo purificador, los supuestos hermanos, acompañados de unos pocos amigos, llegan a un pueblo costero del reino de Valencia, habitado casi exclusivamente por moriscos, y allí van a tener un encuentro con la conflictividad que sufren las comarcas ribereñas. Los piadosos viajeros no sienten recelo alguno y ven con agrado los agasajos de que son objeto. Un anciano los invita a pernoctar en su casa, pero no bien entran en ella una bellísima joven vestida a la morisca e hija del dueño, busca un aparte con las damas peregrinas y las informa, llorando, de que han caído en una trampa. Esa misma noche se ha de producir un ataque por corsarios y los forasteros serán parte de la presa. Urge que se refugien y el único sitio seguro es la iglesia-fortaleza, donde además del cura encontrarán a un viejo morisco, tío de ella y también cristiano sincero. Con todo sigilo informan las viajeras

34. Estudia el personaje S. HUTCHINSON, *Cervantine Journeys*, Madison (Wisconsin), University of Wisconsin Press, 1992, pp. 186-188.

a los varones de la situación en que se encuentran, y siguiendo las instrucciones de Rafala, la joven morisca, llegan a tiempo a la iglesia. Allí encuentran al cura del pueblo, en compañía de El Jadraque, que es, como su sobrina, un converso de ardiente fe católica.

Los peregrinos montan la guardia, y cuando aparecen los bajeles turcos el cura lanza la alarma a la comarca costera haciendo retumbar las campanas, mientras los refugiados utilizan sus diferentes armas contra los corsarios. Éstos se reúnen con los vecinos del pueblo, quienes, después de causar grandes destrozos, lo incendian y abandonan, profiriendo gritos de alegría y cargados de bienes. Las puertas de la iglesia resisten. Al amanecer, Rafala aparece jubilosa, corriendo junto al escribano cristiano viejo por la calle desierta, mientras alza una cruz y se proclama cristiana y libre. Antes, su tío había pronunciado una diatriba contra el pueblo morisco, de que forma parte, formulando críticas parecidas a las que expresaba el can del «Coloquio de los perros», y llegando a clamar por la expulsión. Como en la Segunda Parte del *Quijote*, Cervantes parece expresar en el *Persiles*, por boca de un miembro de la comunidad desterrada, las actitudes de condena que al fin habían prevalecido. Al dar voz a ese nuevo cristiano, que llega en su celo hasta el fanatismo, el autor pone en evidencia el error de la condena generalizada y muestra la injusticia de una orden de destierro que a nadie exime.

No cabe duda de que el episodio que comentamos se escribió cuando la expulsión era ya historia, aunque muy reciente. No sólo forma parte del último libro del *Persiles*, sino que en el mismo texto se hace alusión al mal recibimiento de que serán objeto en Berbería esos mismos moriscos que con tanto entusiasmo reciben y acompañan a los corsarios. Al fin de su vida Cervantes crea un parangón al dúo familiar que forman Ricote y Ana Félix. En esta variante el anciano ha trocado la ponderación por la exaltación del neófito. Y la heroína –siempre morisca y cristiana– ya no es una enamorada, pero también la adorna un halo, que ahora es el de la santidad.

Como consideración final, podemos advertir que en la mente y la conciencia de Cervantes pesa el tema morisco. Seguramente no lo vivió de la misma manera a lo largo de su vida y es posible que le diera más importancia después de su cautiverio. En su producción literaria se puede observar una gradual retirada de las posiciones beligerantes que manifiesta a su regreso a España en el tratamiento de personas y espacios que caen bajo el dominio otomano. Ello dará paso a una matización mucho más fina del entorno turco en las obras de madurez, como ha mostrado Ottmar Hegyi³⁵. Naturalmente, esas caracterizaciones atañen a la órbita más lejana del Mediterráneo, mientras que la conflictividad surgida en torno a los nuevos convertidos afecta específicamente a España en su faceta política, su tejido social y el desarrollo de la vida día a día, si bien el cuadro resulta diferente en los distintos reinos, ciudades o incluso comarcas.

Ante el fracaso, salvo excepciones, de la catequesis masiva, se había entablado a lo largo del siglo XVI un debate entre quienes propugnaban la expulsión y los partidarios del *statu quo*. Como hemos comentado, entre estos últimos podemos situar

35. Véase su libro *Cervantes and the Turks: Historical Reality versus Literary Fiction in «La Gran Sultana» and «El amante liberal»*, Newark (Delaware), Juan de la Cuesta, 1992.

a Cervantes, que optó por la clave irónica para defender la opinión moderada, poniendo de manifiesto la cortedad de miras y la crueldad de quienes clamaban por la expulsión. También hay que tener en cuenta que como hombre de negocios de poca monta y como escritor no muy bien situado para conseguir el favor de los mecenas, no podía permitirse el lujo de formular paladinamente opiniones que implicasen una censura a los gobernantes y especialmente al valido de Felipe III y su círculo. En cambio, con pagar el tributo de manifestarse como estaba mandado, el escritor podía permitirse mayor libertad en el proceso de forjar situaciones y personajes, llevando la polémica al terreno de la creación novelística, que era el suyo propio. Y ahí sí que, con el retrato del humanísimo Ricote, la figura egregia de Ana Félix y la imagen edificante de Rafala, el “raro inventor”, como se llamó a sí mismo Miguel de Cervantes³⁶, nos legó un testimonio que aún hoy nos mueve a sentir el dolor de la exclusión y el destierro que sufrieron los moriscos. Y también a lamentar la amputación que experimentó España al perder esa parcela conflictiva, pero laboriosa y vital, de su población.

36. Pone dos veces la expresión en boca del dios Mercurio, cuando acoge a Cervantes en la galera que va al encuentro de Apolo. *El viaje del Parnaso*, vv. 218 y 223, en *OC*, pp. 1188b y 1189a.